



La hija de Marx por Clara Obligado. Barcelona : Lumen, 1996

Autor:
Pampillo, Gloria

Revista
Mora

1998, N°4, pp. 132-134



Reseña



Reseñas

OBLIGADO, Clara.

La hija de Marx.

Barcelona. Lumen, 1996,
235 págs.

Han empezado sus carreras una vez abandonadas las patrias respectivas. De modo que la elección de temas y de lenguas es doblemente azarosa. Se trata más bien de escribir sin saber si quiera si serán leídos en el país de origen. Si esto sucede, si el libro encuentra sus lectores naturales, la casualidad los hace felices, pero están preparados más bien para lo contrario: allá, un lector inexistente; acá, un lector indiferente. Y esta oscilación entre la posible inexistencia y la casi segura indiferencia produce también efectos literarios. Pues se trata de escritores que, con cada obra, deben preguntarse en qué escribir.

La cita es de Nora Catelli, una brillante crítica rosarina radicada en Barcelona, ella también una “trasterrada” como los escritores que caracteriza, los hispanoamericanos que viven o vivieron en España, como Clara Obligado, la autora de **La hija de Marx**. Entre los argentinos que forman este grupo, también están Ana Basualdo, Marcelo Cohen, Oscar Peyrou, Noni Benegas, Santiago Sylvester y estuvo Susana Constante. La caracterización que hace Nora Catelli tiene sin duda el encanto patético al que nin-

gún escritor se resiste, ya que lo ubica en ese lugar lindero que Borges juzgó tan óptimo para escribir como Virginia Woolf consideró que era un cuarto propio para las mujeres, (además de las 500 libras de renta). Es claro que es difícil en este momento pensar en Clara Obligado en términos de inexistencia o indiferencia, ya sea en España como en la Argentina. En España porque ganó el premio Femenino Lumen con **La hija de Marx**. En la Argentina porque la distribución y difusión de la novela comienza a acercarle aquellos que Nora Catelli llama “sus lectores naturales”. Pero esto es ahora, hija mía, diría Clara, después de un largo camino, ya lo sabemos. Antes, durante los años en los que Clara Obligado escribió **La hija de Marx**, y más aún cuando escribió sus primeros relatos, algunos de los cuales se publicaron en el libro **Una mujer en la cama**, se encontró verdaderamente en esta situación doblemente azarosa: la elección de una lengua, en ausencia de la lengua que se llama “madre” y la elección de un tema que es también, como siempre, la elección de una estética.

Los lugares comunes atentan contra el pudor lingüístico que Borges nos obligó a heredar. En la Argentina se dice “lengua madre” con una entonación burlona. Como todos

los desdeñados, los lugares comunes suelen acumular con el correr de los años un rencor creciente y encuentran la ocasión de vengarse: cuando se escribe en España se descubre con sobresalto que la lengua no es una cosa que a uno naturalmente le pertenezca ni que esté siempre disponible, como lo estarían las madres. Clara Obligado dijo en un reportaje cuando le preguntaron cómo solucionaba su relación con el español peninsular: *Trabajo en tres registros diferentes que a veces se solapan y otras se colapsan. Mi castellano natal, el castellano peninsular, y un registro intermedio que utilizo cuando la acción no se sitúa ni en Buenos Aires, ni en Madrid. Padezco, por lo tanto, un bilingüismo incontrolado en el que, aunque no intente travestir mi castellano de origen, determinadas situaciones traen consigo su propia expresión sin que yo lo pretenda.*

La hija de Marx está escrita en esa lengua desarraigada. Sus personajes follan con constancia, y a veces aparcan un auto. Curiosamente, Annushka, la hija de Marx, también parece aceptar con la misma liviana resignación una orfandad repleta de madres y padres postizos.

- ...Annushka, pequeña, no eres mi hija, aunque bien me hubiera gustado que lo fueras: eres la hija de Karl

Marx”.- dice Iván Dolgorukov a poco de haber comenzado la novela.

La confesión de papasha no me cambió la vida -sigue narrando Annushka. *Era verdad, yo me acostaba con él, pero no hacía otra cosa desde que en mí se despertó el deseo. Era entonces muy hermosa - y dicen que aún lo soy - y me adaptaba sin conflictos a las sucesivas mujeres a las que Iván Dolgorukov se unía. No me importaban en absoluto.*

Pero unas páginas después la misma Annushka muestra, como diríamos en nuestro castellano nativo, “la hilacha” cuando recibe el único legado que le dejó su madre:

Se pintó en mi mente la imagen de mi madre encerrando la joya en la cajita, juntando los brillantes labios de plata que en uno de sus vértices la clausuraban para ocultar un secreto de ónix mientras dejaba al descubierto las minúsculas rosas de la tapa que, calada en el centro, dibujaba miosotis retorciendo el metal.

Entonces deseé haber conocido a mi madre, echarme en sus brazos. Quise con un deseo doloroso que ella tomara la joya para colgarla de mi cuello hoy que comenzaba a hacerme mayor. Pero todo esto lo callé.

Por borgiano pudor o por no entristecer a **papasha**, el tema de la orfandad, ya sea la lingüística, ya la familiar, ya la de la tierra,

se acalla. Todos sabemos que en literatura es tan importante lo que se dice como lo que se calla. Y también, que es significativa la manera de callar. En **La hija de Marx**, se trata de un gesto ligero, desenfadado, un alzarse de hombros, una apariencia de frivolidad: *No me cambió la vida, no me importaba en absoluto*.

El caso es que Clara Obligado se encontró en España privada de su lengua madre y cobijada por una rígida abuela española. Clara dice de sí misma, no que yo sepa en un reportaje, pero sí por lo menos, paseando por San Telmo, que es una “carca” terrible. Con esto quiere decir que es una añorante de los tiempos idos. Supongamos que ha sido su larga permanencia en el país de los ancestros lo que la inclinó a escribir una novela que transcurre en un pasado histórico. Si uno acepta este especie de determinismo geográfico, lo que de inmediato parece significativo es la peculiar elección del pasado histórico que se realiza en **La hija de Marx**. Las fechas entre las que transcurre la novela, de 1845 a 1922, son precisas. A los protagonistas, en cambio, les falta ese componente que de una manera agudamente irreflexiva se asocia con la historia; la tierra patria. Son exiliados con una fija añoranza: Ru-

sia. Mientras piensan en regresar a la patria y participan en grupos revolucionarios, se fijan más o menos fugazmente en las ciudades paradigmáticas del exilio, Londres y París, o viajan por Italia descubriendo más que la luz, el ardor mediterráneo. Se trata por lo tanto de una historia de desarraigos, la historia en el exilio. Me atrevo a decir: una historia de exilio para escribir a partir del exilio. En la elección de un pasado histórico, una vez más, una escritora busca reconocerse en una situación social cuya racionalidad no es clara, busca también una identidad que ha sido fuertemente cuestionada.

La historia que **La hija de Marx** recorta en la de este grupo de exiliados es la de las mujeres rusas que acompañaron a los revolucionarios, utopistas y reformadores del cambio del siglo. Esta historia le pidió a Clara Obligado un largo trabajo de investigación. El resultado de este trabajo es felizmente poco productivo. Los documentos no se perciben. Clara sigue nuevamente el precepto del padre, Borges. No hay camellos en el Al Corán, no debe haber pampa en la pampa. No existe en **La hija de Marx** dos de los colores locales de la novela histórica: el énfasis de la prosopopeya o su simplista contrapartida, el gran hombre visto por su

lacayo. **La hija de Marx**, que se exhibe como novela histórica, juega, en contra de esa verosimilitud que se respalda en documentos, una broma todavía más fantástica. La atribución de una hija bastarda a Marx. Al hacerlo tensa al máximo el discurso de la historia y el de la ficción. ¿Habrá que elegir la historia o la ficción? ¿Pueden aun la historia y la ficción descubrir una verdad?

La pregunta que la ficción le hace a la historia no es qué hubiese sucedido si Marx hubiese tenido en vez de un hijo bastardo una hija bastarda (no hubiese sucedido nada), sino qué pasa cuando una mujer hereda los genes de la revolución. Qué sucedió con las hijas de Marx en el exilio que se inauguró en esta Rusia en los años 1975, 1976. Algunas de ellas escribieron. Susana Constante escribió una novela, **La crecienta**, que narra de manera alusiva la historia de la Argentina que comienza en 1975, 1976. Escribe otra novela, **La educación de la señorita Cora**, una novela erótica. Susana Constante desdobra en dos vertientes, la histórica y la erótica lo que Clara Obligado reúne en una sola.

Ana Basualdo, otra hija en el exilio, inscribe con su último relato, “El camino rojo”, los años del horror, la tortura, en la zona de Tigre, una zona que

Basualdo construyó en sus restantes relatos apelando a la memoria. Tanto Constante como Basualdo al mismo tiempo que reconstruyen la historia de esta tierra perdida la sumergen. Constante, bajo la creciente, la inundación que la arrasa; Basualdo bajo la vegetación de Tigre, un lugar donde comienza la América bárbara. En Clara Obligado la tierra natal ausente, perdida, está significada por la lejanía de Rusia. De Rusia parte Natalia y lo que trae de ella son recuerdos que no le sirven para su vida en París. Y sin embargo Rusia se vuelve el punto fijo de la obsesión, el grave anhelo, el llamado. De Rusia o hacia Rusia va Oliver, el amante de Nat, un John Reed apenas disfrazado. Hacia Rusia regresa por fin Natalia desde el exilio cuando decide jugársela y este regreso es al mismo tiempo feliz y trágico.

La hija de Marx es una novela política y erótica. Sus personajes hacen el amor o se niegan a hacerlo casi todo el tiempo. El erotismo es una tierra que tiene su propia lengua, sus configuraciones geográficas en el cuerpo, sus banderas, sus himnos y sus humillados o sufrientes. También sus episodios y sus variantes tanto o más nutridos que los políticos. Cada uno de estos episodios difiere de los otros tal como en la *Ilíada* es dife-

rente la muerte de cada uno de los héroes. Estos episodios son narrados con un desopilante estilo de época que metaforiza lo que la época prohíbe nombrar. *Revolotearon las faldas, Nikólai, fuera de sí, clavó el espolón que revivió y el pez ya estaba en el agua. Entonces ella, con las rodillas en la arena, se quedó quieta un momento, y luego acercó sus labios a los de Nikólai, que navegando en un mar de placeres, amenazaba con hundir la playa. Haciendo un esfuerzo para contenerse, él la tomó de las caderas y rodaron poniendo en peligro el mástil que los unía y que por un momento pareció abandonar la barca.*

La novela de Clara Obligado está impulsada por la pregunta sobre la experiencia política de la militancia y el exilio, por el erotismo, por la pregunta sobre las mujeres. Van de a dos estas mujeres: Natalia y su amante Lizaveta; Nat y su amiga Eileen, como van de a dos las **Dos damas muy serias** de Jane Bowles; como Nora y Robin, las protagonistas del **El bosque de la noche** de Djuna Barnes, como las asesinas de **La ceremonia** de Chabrol, con las dos mujeres que conversan en la novela de Marta Traba. Una mujer frente a otra que es su par, que no es hija a la que hay que tutelar, que no es madre que tutela, puede discernirse e individuarse.

Entre dos mujeres que son pares, se silencia felizmente ese discurso ininterrumpido sobre La mujer y se puede afirmar una mujer, Esa mujer. En **La hija de Marx**, la reflexión sobre la mujer logra una rara inmediatez, un interés para el presente. Cuando se pasa revista a estas mujeres se descubre que son ricas, y no sufren por lo tanto la dependencia económica; que no están limitadas por la maternidad, que ejercen su erotismo como quieren. Se trata, por tanto, de mujeres que, como muchas de las contemporáneas, han logrado liberarse de la dominación. Entonces, uno se pregunta, ¿por dónde están atadas, estas mujeres? ¿Cuál es el malestar que persiste? **La hija de Marx** no tiene una respuesta explícita. En esta novela que el género amatorio ha plagado de consejos *Hija mía no entreguestu corazón*, *Hija mía haz esto o aquello*, dicen los personajes, uno busca un consejo para estos tiempos que vienen después de los modernos y lo que encuentra es que, con el correr de las hojas y de la épocas, los consejos desenfadados se han vuelto estereotipos, pequeñas fórmulas fosilizadas y pragmáticas para un tiempo que los desborda, ridículos intentos de la lengua de apresar la pasión, las ideas, la misma historia.

La hija de Marx es una novela de brillante escritura, de un desopilante juego retórico y erótico con las variadísimas materias que utiliza. Pero a medida que se avanza las negaciones, cada vez más negaciones cuando se llega al final: “No siento miedo”, “No siento nada” “No llores Nat, no vale la pena” “No sabe que la noche la ha atrapado” comienzan a hablar. ¿Qué es lo que no se debería haber hecho? No se debería haber hecho lo que esta novela hace. No se deberían haberle hecho tantas preguntas a la historia porque ella con su lengua madre, respondió. No se deberían haberle hecho tantas preguntas a la pasión erótica. Dice Nat después de haber oído a su amante *Tendría que haberle tapado la boca pero no podía, no podía saber media verdad.*

Gloria Pampillo